



Portada: Foto Luis Mejía

ÍCONOS

REVISTA DE
FLACSO - ECUADOR

Nº 5. - Agosto, 1998

Los artículos que se publican en la revista son de exclusiva responsabilidad de sus autores, no reflejan necesariamente el pensamiento de ICONOS

DIRECTOR FLACSO-ECUADOR
ARQ. FERNANDO CARRION

EDITOR ICONOS
FELIPE BURBANO DE LARA

CO-EDITOR ICONOS
SEBASTIAN MANTILLA BACA

CONCEJO EDITORIAL

HANS ULRICH BUNGER
FERNANDO CARRION
MARIA FERNANDA ESPINOSA
CORNELIO MARCHAN
FELIPE BURBANO DE LARA

PRODUCCION: FLACSO- ECUADOR
DISEÑO: K&T Editores Gráficos
IMPRESION: Edimpres S.A.

FLACSO ECUADOR

Dirección: Av. Ulpiano

Páez 118 y Patria

Tel: 232-029 / 232-030 /

232-031 / 232-032

Fax: 566-139

E-Mail: coords2@hoy.net

ICONOS agradece el auspicio de ILDIS y Fundación ESQUEL

INDICE

COYUNTURA

La reforma de la institucionalidad social en el Ecuador **4**
DANIEL BADILLO Y JULIO ECHEVERRIA

Límites y alcances del regionalismo **14**
FELIPE BURBANO



Las negociaciones Ecuador-Perú: ¿luz al final del túnel? **21**
ADRIAN BONILLA

La amazonía ecuatoriana: colonia interna **28**
MARIA FERNANDA ESPINOSA

Para vivir la diversidad **35**
RAMON TORRES GALARZA

ACTUALIDAD

La muerte del animador o el día de la bestia **40**
MARCIA CEVALLOS

La autorregulación del periodismo: un reto impostergable **48**
JOSE LUIS EXENI

IDENTIDAD

Los sirio-libaneses en el espacio social ecuatoriano **62**
MONICA ALMEIDA

Entre el estereotipo y la realidad **84**
HERNAN REYES



¡No hay razones para dudar ser longo! **96**
SALOMON CUESTA

DIALOGOS

Discurso, poder e ideología: entrevista a Teun van Dijk **106**
SEBASTIAN MANTILLA

FRONTERAS

Octavio Paz: erotismo y amor **114**
CARLOS ARCOS C.

¿Quién le teme a Octavio Paz? **119**
MARIA L. MARTINEZ

ENSAYO

El umbral. Bataille y la experiencia del límite **122**
GALO CEVALLOS

RESEÑAS

Reseñas bibliográficas: **140**
- Historia del siglo XX
- Pugna de poderes. Análisis crítico del sistema político ecuatoriano
- La otra cultura: imaginarios, mestizaje y modernización
- El fantasma del populismo

LA MUERTE DEL ANIMADOR O EL DÍA DE LA BESTIA



Por Marcia Cevallos
Periodista

La condición del asesinato, llamadas telefónicas amenazantes a la novia del difunto, convirtieron el caso de la muerte de Marco Vinicio Bedoya en un "thriller" lleno de intriga, en el crimen del año

El 1 de mayo, según la información policial, y frente a la casa de la modelo Carola Ramos, en San Martín y Los Ríos, en el centro de Guayaquil, el animador de programas de TV, Marco Vinicio Bedoya fue asesinado en su automóvil de un tiro en el abdomen por dos sujetos que le dispararon a quemarropa. Luego de los primeros disparos, Bedoya intentó escapar, aceleró su vehículo pero se estrelló contra un poste. Su acompañante, Juan Masón, resultó herido. Poco después, Marco Vinicio jr., hijo del animador, llevó a su padre a la Clínica Alcívar, donde falleció casi de inmediato.

No hay nada más real que un cadáver y, a la vez, nada más irreal. Pronto es enterrado y solo queda de él la memoria parcial de ciertos hechos de su vida que, en el caso de un personaje de TV, se confunden con las imágenes repetidas una y otra vez, en la edición especial y luctuosa del canal. Nada más real que un asesino, sin embargo, nada más irreal, si éste se confunde en una tela de los rumores. Nada hay más cruel que un crimen: un hombre muere -su cuerpo se convulsiona y sangra, el corazón deja de funcionar. Nada más inofensivo que un asesino que se disuelve en una leyenda mediática.

La condición del asesinado, la existencia de una larga lista de posibles asesinos, en manos de un brujo brasileño, llamadas telefónicas amenazantes a la novia del difunto, la belleza trágica de la modelo Carola Ramos, al pie de cuya ventana ocurrió el asesinato, su prisión y el cerco informativo que se tendió en su torno, convirtieron el caso de la muerte de Marco Vinicio Bedoya en un "thriller" lleno de intriga, en el crimen del año.

El sepelio de Bedoya, transmitido en vivo por televisión, ocasionó una verdadera conmoción social que pronto se transformó en un melodrama de telenovela: miles de asistentes al desfile del féretro, carros patrullas, personajes de la farándula y bellas modelos con los rostros llenos de espanto y cubiertos de lágrimas que reclamaban la hoguera para el responsable. Mientras, Carola Ramos que corría por los costados del cortejo, fue amenazada por la multitud y debió retirarse con la ayuda de la Policía.

El recorrido desde el Coliseo Granada hasta el cementerio estuvo matizado de múltiples hechos: una primera parada frente al edificio de la Corte Superior de Justicia, donde la multitud exigió justicia; luego en el Teatro Nueve de Octubre, donde la cantante Hilda Murillo cantó "Cuando un amigo se va". Hubo llantos, gritos, desmayos. Alguien comparó su entierro con el del ex-presidente Jaime Roldós. Pero este no era un entierro polí-

tico sino un espectáculo de TV.

Con el paso de las horas, el crimen -que pudo convertirse en una gran historia negra- se transformó en un culebrón: una ex esposa, una novia muy joven, Carola y un marido celoso y varios amigos íntimos, entre ellos un carnicero mayorista, las redes de modelos sobre las cuales se tejían múltiples fantasías...

Cuando decidimos hacer un reportaje, el caso parecía sencillo: un crimen cuyos móviles se ventilaban a la luz del día, en los escenarios de las modelos, bajo la luz de los sets de TV. Bastaba con abrir los ojos y ver el espectáculo, oír la ola de rumores, aguzar el olfato... Empero, al cabo de varios días, y una vez agotado el último plazo, horas antes del cierre de la edición, comprobamos que solo

teníamos eso: escenas de TV, rumores, bambalinas, información de baratijas...

EXCESO DE PISTAS

Horas antes de salir a Guayaquil, habíamos recibido una llamada telefónica que ofreció los datos precisos del supuesto asesino. Quienes estuvimos inmersos en la investigación escuchamos esa misma frase una y otra vez: yo sé quién es el asesino.

La voz detrás del auricular abundaba en detalles: no solo anunciaba el nombre del asesino sino que ofrecía datos concretos sobre el misterioso automóvil estacionado a la hora del crimen, en la esquina de la casa de Carola Ramos, ofrecía un móvil e, inclusive, daba el nombre de un posible informante (un trabajador de una cooperativa de transportes): horas antes del crimen, se había producido un incidente en las afueras de un hotel del centro de Guayaquil, entre el supuesto asesino y la víctima. El testigo era el Avestruz*, un minador de basura, que recogía cartón en la zona.

La versión coincidía con el hecho de que, frente a la Policía, el hijo de Bedoya declaró que su padre guardaba, dentro del automóvil, cuatro millones de sucres, producto de un negocio de joyas realizado horas antes.

El sepelio de Bedoya, transmitido en vivo por televisión, ocasionó una verdadera conmoción social que pronto se transformó en un melodrama de telenovela

Una vez en Guayaquil, fuimos directamente al sitio. Todo coincidía: el hotel, una cooperativa de transportes y, sobre la vereda, un paquete de cartones ordenado, fruto del trabajo del Avestruz, durante las primeras horas de la mañana.

Los días de El Niño pasaban por Guayaquil: hacía un calor de los mil diablos. Preguntamos por el Avestruz entre los miserables que esperaban en las afueras del hotel: una mujer gigantesca, con unos cuantos dientes menos, limpiadora de carros, conversaba con dos hombres sentados en una de las bancas del malecón. Nos mostró al Avestruz, un hombre que, en la vereda del frente, metía las manos en las bolsas repletas de basura.

El hombre cruzó la calle, nos extendió la mano y respondió sin reticencias. Lo que dijo era incomprensible: un lenguaje de palabras a medias y apelotonadas. Sin embargo, no hubo duda alguna: él no había visto nada, nunca veía nada.

Pronto fuimos a las oficinas de Abraham Correa, los periodistas cercábamos al jefe de la Policía Judicial, cuya única versión se fundamentaba en la sospecha de que Carola Ramos escondía algo. Correa, empero, después de permitir que un reportero del canal de televisión en el que trabajaba Bedoya, hiciera una entrevista con Carola en la celda, se negó a permitir cualquier otro contacto de la modelo con la prensa.

Casi por casualidad tuvimos la oportunidad de conocer a Carola Ramos. Una compañera de trabajo de Carola, decidió quedarse en la oficina de Correa, pese a que la rueda de prensa había terminado. Hablaba con Correa de una forma directa. También, permanecimos en la sala. Insistía con vehemencia en

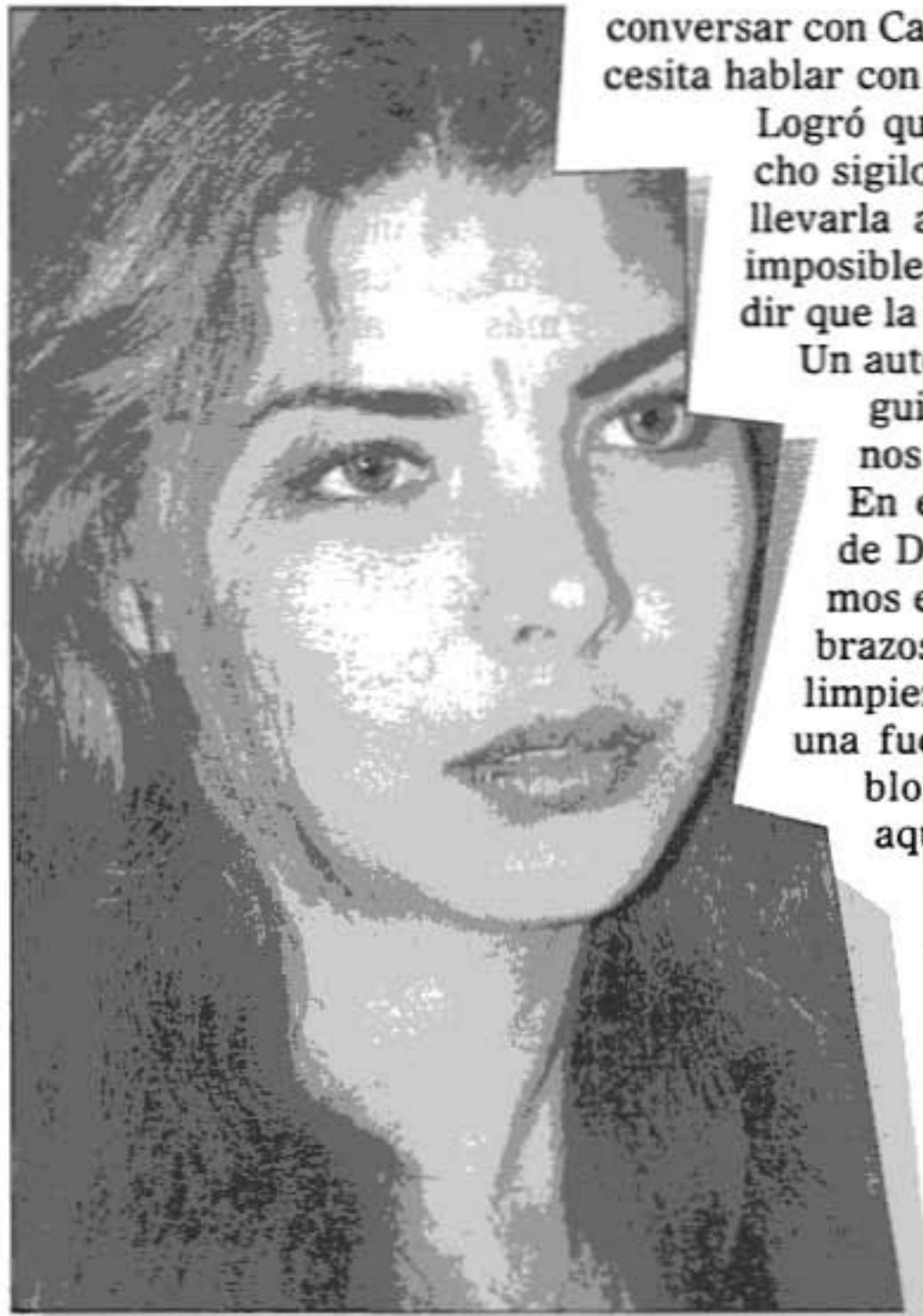


Foto: Archivo diario HOY

conversar con Carola Ramos: "ella necesita hablar con una mujer", repetía.

Logró que, en medio de mucho sigilo, un oficial aceptara llevarla a su presencia. Fue imposible para Correa impedir que la acompañemos.

Un auto de vidrios oscuros, guiado por dos oficiales nos condujo a las celdas. En el pasillo del Centro de Detención, Carola Ramos esperaba, cruzada de brazos, que terminara la limpieza de su celda. Bajo una fuerte vigilancia, temblorosa, como si le aquejaran escalofríos, aunque extremadamente serena, insistía en que no entendía las razones de su detención. Empero, la única queja que tenía era que aún no había desayunado. Llevaba una camisa negra, el pelo recogido

en cierto desorden y lentes verdes de contacto, cuya opacidad aumentaba su habitual expresión de desdén.

Con toda su capacidad de persuasión y lágrimas en los ojos, la colega de Carola habló de Dios, a quien debía encomendarse a para salir de la prisión. Le habló de cómo ella había decidido así cambiar su propio destino. Le habló de la necesidad de decir la verdad. "No vi al asesino. Si lo hubiera visto lo diría. Yo no estaba en el auto", insistía Carola. En efecto, en el momento en que se escucharon los disparos, Carola se encontraba con el hijo de Marco Vinicio Bedoya, en el segundo piso de su casa. "Yo soy la más interesada en que esto se aclare, porque soy la única que está detenida".

En torno a la figura de Carola, de su madre que vagaba como perdida, con zandalias de casa, circulaban siete abogados -de los estudios más prominentes de la ciudad de Guayaquil, junto a Toral Zalamea-, y los más altos directivos de los canales de televisión.

A las oficinas de la Policía Judicial se acercó, por ejemplo, Jorge Kronfle. Apenas entró en la oficina de Correa, extrañamente

todos los periodistas se pusieron de pie y salieron. Solo la periodista del EXTRA preguntó si podía permanecer. Todos debieron salir.

Habían pasado las primeras 48 horas. Carola insistía en su inocencia. El coronel Correa expuso las razones por las cuales la modelo permanecía detenida: la Policía había pedido al juzgado 48 horas más para continuar con la investigación. Correa mantenía la tesis de que el asesinato era pasional y que Carola Ramos escondía la clave.

La Policía concentraba las investigaciones en el marido de Carola Ramos, el ahijado de Toral Zalamea. La segunda hipótesis señalaba al flamante novio de Carola, un carnicero al por mayor, que solía prestarle su auto. Una tercera versión abría interrogantes sobre varios otros amigos de la modelo. Nombres muy conocidos en Guayaquil, que se negaban a dar cualquier declaración. Y una figura misteriosa. Un tal Paul Borja a quien Carola visitaba con frecuencia en la suite presidencial del Hotel Hilton Colón de la ciudad.

Extrañamente, cuando el oficial empezaba a tocar los temas delicados, los grabadores se apagaban y entonces toda la información se convertía en un rumor que circulaba de los corrillos de los periodistas a la calle, de modo que en la ciudad cada quien tenía su propia versión del asesinato y del nombre del asesino.

Cada día que pasaba los rumores crecían y las versiones se multiplicaban. A cada momento aparecían nuevas, las "verdaderas pistas": personajes concretos de carne y hueso, matrículas de automóvil que debían ser investigadas, redes de prostitución, supuestas reuniones de drogas y orgías..., el "...hombre de contextura delgada, estatura regular, vestido con un pantalón café y una camisa de varios colores y que, arrimado al pilar de la puerta de calle, miraba fijamente a Carola...".

Los nombres en torno a Marco Vinicio Bedoya y Carola Ramos empezaron a multiplicarse: Fabían Andrade, Pal Borja, un joven de apellido Adum, la amiga Mónica Recalde, la novia del difunto, los periodistas del ca-

nal, los modelos, algún funcionario de Gobierno que, al parecer estuvo con ella en la Discoteca Romano, el vendedor mayorista de carne y un hombre de 81, manabita, que pagaba las cuentas de Carola, supuestamente. Decenas de cartas anónimas que llegaban a la redacción.

Poco a poco, el caso abandonaba la esfera de lo real, incluso de la realidad del culebrón, para adentrarse en el terreno de lo imaginario y la realidad mediática.

OTRA ESCENIFICACIÓN: LA REPRODUCCIÓN DEL CRIMEN POR TV

En una de las madrugadas frescas en el sector de la calle Los Ríos y San Martín, Guayaquil aparecía desolado. Eran las cuatro de la mañana del jueves, y únicamente un guardián observaba detenidamente a todo aquel que cruzaba por la cuadra. De pronto, en cinco minutos, la tranquilidad desapareció y el escenario se convirtió en un estudio de televisión.

Cinco patrulleros cerraban el paso, al pie de la casa 2020. En la vivienda de fabricación mixta, que mostraba el paso de los años, se preparaba la reconstrucción de los hechos que desembocaron en la

muerte de Bedoya. Junto a los policías, llegaron los periodistas y unas 50 personas más. El ambiente, la hora, la tensión convertían a la espera en una escena de película de TV, que culminó con la llegada de Carola Ramos Frank, a bordo de un auto parecido al que conducía el animador la noche del crimen, y que puso a todos en alerta. La joven recibió los saludos afectuosos de los periodistas. Minutos después llegó Juan Masón, el sonidista herido. Marco Vinicio Jr. nunca se presentó.

Abraham Correa sugirió realizar primero la reconstrucción "seria" de los hechos, sin interferencia de las cámaras y luego otra versión para la TV. La una era parte de la investigación policial para establecer la verdad de los hechos y la otra para satisfacer la demanda noticiosa.

Poco a poco, el caso abandona la esfera de lo real, incluso de la realidad de culebrón, para adentrarse en el terreno de lo imaginario y la realidad mediática

Carola Ramos estaba tranquila, tal vez un poco aburrida, con el mismo gesto de desdén, pero dispuesta a colaborar. Durante la reconstrucción, la Policía puso mucho empeño en el juego de los movimientos, los gestos, la voz. En la madrugada gris y sonámbula y con la presencia de periodistas y camarógrafos, la exigencia policial de la exactitud de los hechos parecía la exigencia del director de un film para que los actores se mantengan fieles al guión.

En la versión para televisión y los periódicos, los camarógrafos buscaron los mejores ángulos. Las luces de los equipos adelantaron el amanecer por un instante. La modelo repitió la escena de buena gana.

Tengo la impresión de que ambas representaciones fueron eso: escenas, actuación, ficción, realidad virtual. Al final, cada uno de los asistentes volvió a su película propia, a su peculiar reconstrucción de los hechos.

A las cinco de la mañana, los vecinos que veían la escena desde sus ventanas, repararon en que todavía había tiempo para dormir.

EXCESO DE LUCES: EN EL AUDITORIO DE LA NUEVE DE OCTUBRE. UN CRIMEN EN CANDILEJAS

Para ambientar mejor el reportaje del crimen, para buscar la verdad por otros caminos. Agotados por una búsqueda infructuosa en el laberinto de los rumores, fuimos al Auditorio Nueve de Octubre, uno de los escenarios de los tan conocidos shows "...en busca de estrellas o de modelos".

Las figuras del animador asesinado y de la principal inculpada, Carola Ramos, estuvieron profundamente vinculados con el mundo de las modelos y de este tipo de shows. Tanto

que toda la leyenda del crimen se ha creado y recreado en los laberintos y redes de los mundos y submundos de las modelos... Después de todo, tal como lo dice Cecilia Ansaldo..."Detrás del animador locuaz siempre se mueven esas figuras femeninas que bailan y

sonríen para "regalar alegría" y multiplicar las ondas de una sensualidad barata que sigue convirtiendo a la mujer en carne para mirar, para tocar, para la apropiación imaginaria".

El lugar, destaralado y sucio, ubicado en el parque del Centenario, recibía la visita de los participantes de la Feria de la Alegría, que se transmite por Sí TV. Los hombres debían sentarse en un lado de la platea y las mujeres en el otro. En el centro decenas de niños que parecían

comparar lo que

aparece en la pantalla chica con lo que acontece en el teatro.

El Auditorio 9 de Octubre es uno de los escenarios en vivo de las modelos de televisión. Fue aquí, en la Feria de la Alegría y con Marco Vinicio Bedoya, donde inició su carrera de modelo, Carola Ramos. Comenzó con un productor de televisión de origen jamaiquino que organizaba el programa de concurso en vivo "Las Doraditas", en el que desfilaban jovencitas, entre 13 y 16 años, en ternos de baño. Fue en uno de esos concursos en el que Carola Ramos fue "descubierta".

Todo en el lugar daba la impresión de una doble realidad. O, mejor dicho, de una realidad virtual, de candilejas, luces, resplandores de confetti, vestidos de espejuelos, sobreimpuesta a la otra, la cruda realidad de los barrios pobres, muchachas famélicas, casas en el lodo, promiscuidad, la salvación de la calle o la ilusión de llegar a ser Madonna...



Foto: Archivo diario HOY

La modelo y animadora de televisión más famosa es Carla Salas... Una figura de trajes y un maquillaje brillantes. Un rostro de barby que la podría convertir en la actriz principal de una película futurista que transcurra en la exhuberancia del trópico. En Carla Salas hay muchos años de una gimnasia técnica... Muchas horas de trabajo y de profesionalismo. Salas es diferente de esas otras figuras anónimas que, hasta hace poco, lucían trajes diminutos, que denotaban de inmediato la pobreza y que, hoy, llevan trajes ajustados al cuerpo y de colores fosforecentes.

Pero, cuyo anonimato imposible de vencer, no las convierte necesariamente en Madonnas.

Todas ellas tienen celular. El cabello largo y un tipo de cuerpo que deja pensar que están aún en formación. Como aquellas descripciones que se acostumbra a hacer de Marilyn Monroe y de la propia Madonna, por las cuales se habla de los cuerpos "popularmente hermosos".

Los productores de televisión dieron la orden de que ninguna modelo debía dar ninguna declaración. La prohibición se extendía incluso a sus familias. A la salida, tres de ellas se marcharon protegidas por una suerte de travesti que se mostraba hosco y agresivo, y que a todas luces, cumplía órdenes.

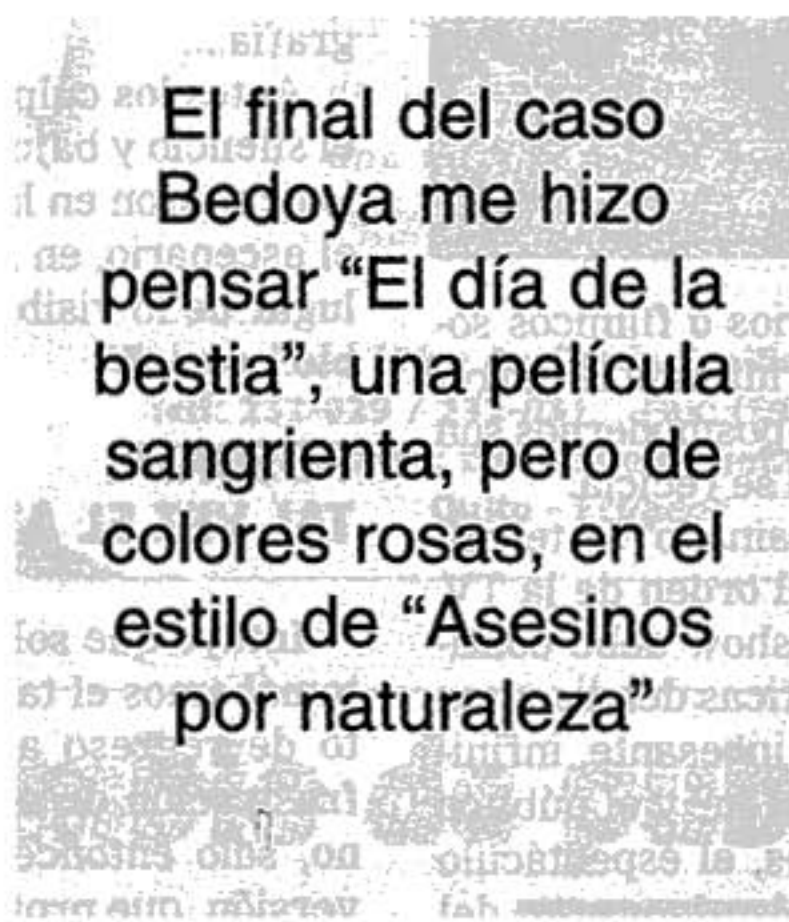
Las modelos no comentaron el crimen ni hablaron de Carola Ramos. Se limitaron a decir que tenían más de 18 años, y que su función no era aparecer ni hacer de animadoras frente al micrófono. Eran las autoras de las "coreografías", en la que el camarógrafo recorría sus movimientos.

La leyenda de Marco Vinicio Bedoya se centró en ese enigma. Una verdadera ola de grotescas fantasías sexuales empezó a invadir la ciudad: empresarios, taxistas, peluqueros, tenderos, empleados, obreros, desocupados... dieron por demostrar su conocimiento sobre supuestas redes de prostitución, preferencias sexuales y hasta perversiones de los "ricos y famosos", cada cual se ufana de conocer a amigos que habían par-

ticipado en extrañas orgías de los poderosos. La edición del Extra se agotaba a las 8 de la mañana.

A esas alturas, el crimen era cada vez más surreal: Guayaquil parecía vivir una euforia colectiva de lo que Freud llamaría el estallido fantasmal de lo reprimido...

Era una ciudad en la que todo se resolvía en la fantasía mediática. En esos días, Guayaquil logró formar una verdadera comunidad, más allá de las tendencias políticas... Una verdadera comunidad... , mediante una versión perversa de los hechos...



**TODO SE RECICLA:
LA CLONACIÓN
MEDIÁTICA**

El misterio se resolvió finalmente en la pantalla de televisión. El final del caso Bedoya me hizo pensar en "El día de la Bestia", del director español Alex de la Cruz, una película sangrienta, pero de colores rosas, en el estilo de "Asesinos por naturaleza". Con una hilaridad que se rehusa a convertirse en carcajada, porque detrás del

show se esconden cosas serias.

La película narra el encuentro de un sacerdote que hace el Mal para impedir que nazca el Anticristo y salvar así a la humanidad del Apocalipsis, y Cavan, un famoso animador de televisión experto en ciencias ocultas. En las secuencias últimas de la película, contemplamos cómo, mientras los dos protagonistas, luego de doblegar al Demonio, convencidos de que han cumplido su misión, se pierden en el lado oscuro del mundo, luego de esa experiencia sin retorno, los productores de TV logran resolver la baja del raiting provocada por la ausencia del animador...

El final de "El día de la bestia" es sarcástico, histriónicamente exacto al final del caso Bedoya. El animador, Cavan, termina siendo reemplazado por su doble, construido por la televisión. En el macabro espectáculo de la muerte de Marco Vinicio Bedoya, el animador termina siendo reemplazado por su hermano...



Foto: Archivo diario HOY

Los viejos dramas, literarios o fílmicos solían terminar en el suspenso infinito: la derrota total del héroe. Los finales posmodernos son deliciosamente simples: todo se recicla.

El "caso del animador asesinado" ha terminado con la restauración del orden de la TV. El show no puede parar; el show debe continuar... Una de las características del discurso televisivo es su carácter de incesante, infinito. El contacto entre el animador y el público no puede perderse... Además, el espectáculo televisivo es inmaterial: falta la carne del mundo. Los modelos y los animadores son intercambiables.

FINAL EN QUE SE PERDIÓ EL MISTERIO

Exceso de pistas, de luces, de investigadores, de redes, de asesinos posibles... y al final nada... Como que el crimen no fuera real sino una ficción, una escena de TV, una realidad virtual.

Sin embargo, bien miradas las cosas, hubo siempre algo extremadamente real: un hombre asesinado, alguien que preparó el crimen, alguien que mató a sangre fría. Más, en el curso de la investigación convertida en espectáculo, el crimen y el asesino fueron olvidados.

Mas aún, bien miradas las cosas, una vez fuera de las candilejas y del set de Tv, se vuelve evidente que siempre hubo un poder que encubría el crimen y lo volvía impenetrable... toda la leyenda ocurrió en la periferia, en la exaltación del imaginario social, en el estallido de lo reprimido, en el frenesí del rumor obscuro, en la parafernalia de la pornografía....

Antes los culpables ocultaban el crimen en el silencio y bajo tierra, en la sombra... ahora, lo ocultaron en las candilejas, en las luces, en el escenario, en la pantalla de la TV en el lugar de lo visible, de lo absolutamente visible...

POSDATA. TAL VEZ EL AZAR

Intuyo que solo aquella última vez, cuando tomábamos el taxi que nos llevó al aeropuerto de regreso a Quito, exhaustos, y con la frustración de no haber encontrado al asesino, sólo entonces escuchamos la verdadera versión, que provenía de alguien que no dejaba lugar a dudas.

Al final apareció por casualidad una mujer en el taxi y nos dijo quien era el asesino, como si la historia debería empezar nuevamente a ser relatada... Porque la Policía nunca encontrará al asesino...

¿Por qué la versión verdadera? En la inextricable red de las coincidencias, el azar siempre tiene la última palabra.

Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.